

LA SOCIEDAD PARA LA QUE SE EDUCA Y LA SOCIEDAD QUE QUEREMOS

POR

M.^a JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

1. **La escuela pública, hoy.** **Educar para la sociedad de masas**

A) *La escuela pública, agente masificador*

Es evidente que el auge de la escuela pública provoca la masificación de la educación. Y no me refiero al número de alumnos por aula ni nada parecido, sino a la existencia de un modelo único de enseñanza al que los educadores, pese a una teórica "libertad de cátedra" cada vez están más sujetos.

En efecto, los estudiantes que acuden a colegios e institutos públicos, pese a la pretendida "atención a la diversidad", y una supuesta adaptación al entorno social de cada centro, reciben todos un mismo tipo de educación, hasta tal punto sometido a las directrices del poder político que todos los profesores, sean de matemáticas, literatura o educación física, tienen que impartir unas enseñanzas en materia de ética explicitadas en la LOGSE bajo el oscuro nombre de "temas transversales". Resulta a primera vista sorprendente que este curioso invento venga de los mismos que se escandalizaban de aquella "formación del espíritu nacional". Y digo a primera vista, porque en realidad no sorprende en absoluto. No sorprende que el sistema trate de dominar la educación, porque es la manera más segura de dominar a las masas.

Así, en el nuevo sistema educativo, que comenzó a gestarse mucho antes, pero que se pone en pleno funcionamiento con la

implantación de la LOGSE, el objetivo de la educación ya no parece ser que los estudiantes aprendan, sino que "evolucionen progresivamente", que sean "constructores de sus propios aprendizajes" y, sobre todo, que no haya fracaso escolar estadísticamente hablando. Lo importante ya no son los "contenidos" de las materias que se imparten, sino los "objetivos", obviamente más ambiguos y más difícilmente evaluables. El problema no radica sin embargo, o no exclusivamente, en que los alumnos aprendan menos conceptos, sino en que no aprenden nada, ni memorística ni lógicamente, ni de ninguna otra manera. De hecho, creo que es evidente que los alumnos, en contra de todas las palabras huecas de los pedagogos de la reforma, no sólo cada vez saben menos, si por saber se entiende una recopilación de datos, sino que además, cada vez piensan menos. Es verdad que no se puede achacar sólo a la escuela la responsabilidad en esta cuestión, pero qué duda cabe de que tiene un papel principal, junto con el de los padres.

Y lo importante, lo que queremos señalar, es que estos problemas de los alumnos son generales de todos los que acuden a escuelas del estado, porque es el modelo educativo el que los provoca, y ese modelo es único. Por eso decíamos que la escuela pública es masificadora. Pero hay otro asunto si cabe más grave: no es sólo que la escuela fabrique alumnos en serie, sino que los prepara para ser absolutamente dóciles al poder político. No en apariencia, puesto que se habla mucho de democracia y de derechos, con lo que se podría argüir que se prepara a los niños para ejercer su libertad. Pero lo cierto es que se educa en ciertas convicciones, como no podría ser de otra manera, y entre esas convicciones están el relativismo moral, por una parte, y la afirmación de que la única forma legítima para ejercer tu libertad en la vida social consiste en echar un papelito en una urna cada cuatro años. Los que en la adolescencia nos aterrorizamos leyendo 1984 y *Un Mundo Feliz*, no podemos no darnos cuenta de que, si bien la primera de esas dos pesadillas comenzó a alejarse con la estrepitosa caída del muro, estamos sin embargo cada vez más cerca de la segunda: se educa a la gente en serie, para saciar cualquier apetito físico y ser dócil al poder político. Sólo falta fabricar a los seres humanos también en serie, pero cada vez parece más

claro que sólo es cuestión de tiempo. El curso pasado tuve que dar clase a niños de doce y trece años (primero y segundo de secundaria) bajo la presidencia en todas las aulas de un educativo cartel, editado no recuerdo si por la Comunidad de Madrid, el Ministerio de Educación o algún otro organismo oficial. El cartel en cuestión mostraba un preservativo entre una maraña de hilos, y transmitía el lema "Si te lías, úsalo". En las clases de niños de doce años. No es más que uno de los muchos mensajes que estos preadolescentes están recibiendo continuamente. Eso sí, los estudiantes saldrán del instituto sabiendo que los nazis eran unos señores muy malos, aunque posiblemente no los ubiquen histórica ni geográficamente de manera exacta. Porque hay unos cuantos dogmas en el modelo de enseñanza pública que, como tales, no se discuten, y van penetrando cada vez con más fuerza en las mentes de los profesores y los alumnos, y, en consecuencia, se van arraigando en la sociedad. Por ejemplo, que una mujer no puede realizarse humanamente como ama de casa y madre de familia, y que la ausencia de trabajo remunerado conlleva irremediablemente amargura y frustración; que todo uso de la fuerza es un acto violento, y que todo acto violento es fascista; que ningún bien se debe anteponer a la tolerancia; que todas las culturas son igualmente válidas... Claro que a veces te encuentras con problemas, puesto que al mismo tiempo que tienes que explicar las maravillas de la cultura árabe a chicos (y chicas) que se muestran más bien reticentes a aceptar a sus compañeros marroquíes, has de poner énfasis en la igualdad entre los sexos, para lo que hay que hacer auténtico encaje de bolillos. Pero, como por otra parte cada vez se enseña menos a reflexionar, no es muy probable que los estudiantes descubran las contradicciones internas del sistema.

B) *Los temas transversales.*

Prendido modelo de ética laica

Los temas transversales son ocho bloques de contenidos que según la LOGSE todos los profesores de todas las materias estamos obligados a tratar:

- EDUCACIÓN PARA LA PAZ
- EDUCACIÓN PARA LA IGUALDAD ENTRE LOS SEXOS
- EDUCACIÓN PARA LA SALUD
- EDUCACIÓN PARA EL CONSUMO
- EDUCACIÓN SEXUAL
- EDUCACIÓN AMBIENTAL
- EDUCACIÓN MORAL Y CÍVICA
- EDUCACIÓN VIAL

Por supuesto, nadie sabe qué quieren decir con educación moral y cívica, porque, o bien restringimos la educación moral a los otros siete temas (en los que, por decreto, todos estamos de acuerdo) o si no comienzan las discusiones acerca de qué es moral, o de si tenemos derecho a usar esa palabra tan subjetiva.

Pero, acerca de si, en efecto, todos estamos de acuerdo en lo que a estos temas se refiere, permítaseme establecer una comparación entre lo que se supone que deberíamos enseñar en los institutos y lo que se sacaría de ellos a la luz del Evangelio:

Educación ambiental.—El ecologismo, aceptado como un "valor" universal (nadie se atreve a decir que no es ecologista, independientemente de su actitud real) afirma que el hombre es una criatura más en el orden de la naturaleza, sin ningún valor predominante, y que no tiene derecho a alterar con su intervención la situación existente. Cada vez oímos con más frecuencia hablar de cosas como los derechos de los animales, equiparables a los de las personas. Este verano ví una viñeta de *El País* en la que se comparaba abandonar a un gato en vacaciones con abandonar a un anciano. Frente a esto, hay que recordar que Dios puso al hombre como rey de la creación, y que le dio un mandato claro: "Dominad la tierra". Por supuesto que eso no le da derecho a abusar de ese poder, y además existe un claro deber de conservación de cara a las siguientes generaciones. Nadie es dueño de la naturaleza salvo Dios. Pero los católicos creemos que la naturaleza fue creada al servicio del hombre.

Educación para la salud/Educación sexual.— Los mensajes que reciben los adolescentes consisten básicamente en que no importa lo que hagas con tu cuerpo siempre que lo hagas en condiciones de higiene. Hace ya algunos años (esta situación no es nueva, y sus efectos cada vez son más evidentes) salió en los periódicos la noticia de un folleto editado para información de los alumnos en materia de educación sexual. Entre otras cosas recomendaba que, para masturbar a un amigo, utilizaras guantes de látex. Dentro de poco un folleto de estas características no será digno de dedicarle un hueco en la prensa, porque resultará normal y cotidiano. También en cuanto a educación sexual en los centros públicos, por supuesto, la heterosexualidad es una opción (personalmente no recuerdo haber decidido en ningún momento de mi vida que a mí me iban a gustar los hombres, esto de la opción es un misterio para mí). En contraposición a todo esto, la Iglesia nos enseña que el cuerpo es templo del Espíritu Santo y que la sexualidad es un don precioso para disfrutar dentro de los límites que Dios ha establecido; y el mismo sentido común nos dice que, no ya en el caso humano, donde existen unas connotaciones de afectividad queridas por Dios, sino en general, el sexo es, en último término, para hacer hijos; homosexualidad y heterosexualidad no pueden situarse en el mismo plano, no sólo por moral, sino por lógica elemental.

Educación para la paz.— Todos sabemos que, en el tema de la paz y la violencia, las posiciones de la Iglesia y del mundo moderno no son fácilmente conciliables. En efecto, nuestra civilización pretende escandalizarse cuando la Iglesia habla de las condiciones para que una guerra sea justa, o cuando condena de manera tajante y absoluta la pena de muerte. No hablemos ya de las Cruzadas o de la Inquisición. Es curioso que los mismos que se muestran tan escandalizados, por supuesto sin atender a razones, sean muchas veces partidarios del aborto o la eutanasia. La Iglesia no tiene nada que aprender acerca de la sacralidad de la vida humana, puesto que fue ella la que la enseñó a un mundo que la desconocía, ni del precioso don de la paz, que tiene que empezar en el corazón de cada persona. Pero también sabe que

la paz, entendida como ausencia de uso de la fuerza, no es un bien absoluto, y que tal uso puede estar justificado en ciertos casos extremos.

Educación para la igualdad entre los sexos.—También aquí, bajo un título aparentemente justo, se encierran habitualmente algunas falacias. Porque la educación para la igualdad entre los sexos muchas veces conduce a pensar que aquellas actividades más tradicionalmente femeninas, como el cuidado del hogar y la educación de los hijos, son una especie de pesada carga que no hay más remedio que soportar, pero que en modo alguno enriquecen a quien las realiza. Curiosamente, todos los trabajos parecen conducir a la realización de la persona, menos éste. Por eso la única solución posible es repartirse esa carga de la mejor manera posible, pero sin dedicar demasiado esfuerzo. Es necesario que hombre y mujer trabajen fuera de casa, porque lo contrario provocará frustración y sensación de inferioridad. Esa situación obliga los más de los casos a que los niños acudan a una guardería desde su más tierna infancia, muchas veces desde los cuatro meses. Curiosamente, nadie dice que eso pueda provocar frustración ni sentimientos de ningún tipo. Al contrario, puesto que así son las cosas y no parecen tener remedio, hay una corriente de opinión cada vez más generalizada en el sentido de afirmar que es un gran bien para los niños "socializarse" desde pequeños. ¿Qué pensarían que era la familia, sino una escuela de sociedad?

Frente a esto, la Iglesia habla claramente de la igualdad entre los sexos: igualdad en dignidad de hijos de Dios. Las diferencias entre los sexos son múltiples y abrumadoras. Dando respuesta a las necesidades de la sociedad actual, Juan Pablo II ha sido especialmente sensible a los problemas de las mujeres, y ha dedicado una extensa pastoral específica a este tema, sin avergonzarse de recordar y dar importancia precisamente a las diferencias entre hombres y mujeres, a las virtudes más propias (desde luego no exclusivas) del sexo femenino, y a sus carismas. Por supuesto que nadie niega el derecho de la mujer a acceder al mundo laboral, que es un logro, pero tampoco está de más recordar que

también tiene derecho a no acceder, o a acceder sólo a tiempo parcial, y que una sociedad justa debería permitir que el sueldo de un cónyuge fuera suficiente para mantener a la familia.

Educación para el consumo.—Qué decir sobre este tema. Es obvio que la sociedad a la que pertenecemos es tremendamente consumista. Las opiniones de unos y otros profesores al respecto pueden variar desde la del que duerme en una tienda de campaña en La Castellana para reivindicar el 0'7% hasta la del que no perdona su tarde de golf y su Semana Santa en Sierra Nevada por nada del mundo. Pero sólo la Iglesia Católica nos enseña el verdadero sentido de la justicia y la caridad, y el valor auténtico de los bienes materiales: puestos al servicio del hombre, pero en los que el hombre no debe poner su corazón.

2. Para qué sociedad pretendemos educar

A) *¿Hay necesidad de escuelas católicas para proporcionar una ética de mínimos*

La respuesta a esta pregunta es que no. Si las escuelas católicas se plantean como objetivo formar "buenos ciudadanos", muy bien preparados académicamente para ser excelentes profesionales, y formar parte de la sociedad en la que vivimos, en la que la religión es algo sobre lo que hay que mostrar el pudor que hace no mucho tiempo reservábamos para ciertas partes del cuerpo, entonces la escuela católica está de más. La escuela católica sólo tiene sentido si está para formar católicos, que actúen como tales en todos los aspectos de su vida futura. Porque:

- la escuela no es un fin, sino un medio. No tiene sentido estar educando en católico si no es para el futuro.
- la "catolicidad" no puede ser considerada como algo adjetivo y secundario. Por su propia esencia, o es algo central y vivificador o no es nada.

- la experiencia nos muestra que es inútil pretender vivir en cristiano sin confesar a Cristo. La pretendida teoría de que en las escuelas católicas se da un modelo de educación que es más moral y más ético para todos, sean o no católicos, es utópica. El cristianismo sin Cristo es una carga demasiado pesada, como nos recuerda la condena de la herejía pelagiana.

- y por último, si no se pretende transmitir todo el cuerpo de doctrina y moral, sino sólo unos mínimos aceptables por todo el conjunto de la sociedad, entonces, ¿en qué se diferencia de la escuela laica estatal?

B) *¿Queremos de verdad una sociedad católica?*

Porque de eso es lo que se trata realmente. El título genérico de este congreso es "Católicos y Vida Pública". Lo de la escuela está muy bien, pero no debemos olvidar que se trata de actuar en la vida pública como católicos, y lo cierto es que los niños pocas actuaciones públicas tienen. Una escuela católica es para una sociedad católica. Lo que no se puede hacer es decirle a un niño o a un joven: "Todo esto que te estamos contando es para llevarlo a la práctica en la vida real. Cuando salgas de aquí, todo lo que hemos vivido y practicado juntos te será útil y hará que te valoren más. Todo menos una cosa: la religión. Eso no olvides ocultarlo bien, porque es algo muy íntimo que en nada debe afectar a tu comportamiento público".

Así que debemos ser consecuentes. Si nos atrevemos a pedir escuelas confesionales será porque queremos sociedades confesionales. En caso contrario estamos educando para la frustración. Igual que no tiene sentido preparar durante años a un estudiante en la Universidad para ser un buen ingeniero de minas si lo que se pretende de él es que sea un estupendo taxista, también carece de lógica educarle en católico si lo que se espera es que esa fe transmitida (a veces durante muchos años, si ha asistido a una Universidad católica) permanezca oculta el resto de su vida.

Y que no me digan que la fe, por su propia naturaleza, es algo íntimo y privado. Esa afirmación es en todo contraria a la doctrina de la Iglesia, como nos recuerda siempre que es necesario el Magisterio. Leemos en el Catecismo de la Iglesia Católica, por citar un ejemplo, que "en efecto, ninguna actividad humana, ni siquiera en los asuntos temporales, puede sustraerse a la soberanía de Dios" (912).

Así que ésta es la conclusión. Educar para una nueva sociedad. Pero ¿cuál? La respuesta nos la dio San Pío X: "No se edificará la ciudad de un modo distinto a como Dios la ha edificado;...no, la civilización no está por inventar, ni la nueva ciudad por construir en las nubes. Ha existido, existe: es la civilización cristiana, es la ciudad católica."